



CAPÍTULO DOS



Dos días más tarde, el cielo matutino alboreaba con una luz púrpura mientras el avión híbrido levantaba sus alerones, pasaba a la modalidad de helicóptero y descendía sobre el techo del Pentágono. Tom bajó de la aeronave al pie de la torre cromada de la Aguja Pentagonal.

Dos marines armados se aproximaron y Tom sacó del bolsillo su Moneda de Desafío y la levantó para que vieran la insignia del águila.

—Thomas Raines, Cadete, Fuerzas Intrasolares de Estados Unidos.

La moneda se encendió con un brillo verde al verificar simultáneamente su voz, sus huellas digitales y su ADN. Un último paso: el escáner de retina, y Tom había demostrado oficialmente su identidad para ingresar al edificio. Un ascensor lo llevó al interior del Pentágono.

Minutos después, con su bolso marinero al hombro, entró en el vestíbulo de la Aguja. Se detuvo un momento debajo de la enorme águila dorada con las alas extendidas y luego se encaminó por el corredor hacia el Salón Patton.

Allí vio a los cadetes que regresaban, a un grupo de combatientes recién ascendidos a la CamCo y a una novata de aspecto aturdido, con el

cabello rojizo muy corto y erizado. Estaba sentada sola junto al ascensor y se pasaba la mano por la cabeza con aire apesadumbrado. El neuroprocesador de Tom presentó inmediatamente la información de su perfil:

Nombre: Madison Andrews

Rango: USIF, Novato de Grado III, División Gengis

Origen: Connell, Utah

Logros: Presidenta de la Sociedad de Debate Joven de la Federación de Utah, Miembro del Comité de Juventud Votante

IP: 2053:db7:lj71::291:ll3:6e8

Nivel de seguridad: Confidencial LANDLOCK-3

—No te preocupes —le dijo él con una sonrisa—. Tu cabello crecerá mucho más rápido que antes de tener el procesador.

Ella le respondió con otra sonrisa no muy convencida, y Tom siguió caminando hacia la enorme pintura al óleo del general Patton. Allí encontró lo que buscaba. Aunque apenas habían pasado dos semanas, se alegró mucho de ver a Vikram Ashwan, su mejor amigo. Este se levantó de un salto del banco donde había estado esperando, se acercó a Tom y ambos dejaron caer sus bolsos al suelo con un golpe simultáneo y decidido.

—Tom —anunció, con un brillo entusiasmado en los ojos—, ya no somos novatos.

—Ya no somos novatos.

—Llegó la hora —dijo Vik, con aire solemne.

La puerta del ascensor se abrió en el quinto piso, frente a la sala común de los novatos. Tom y Vik salieron dando zancadas firmes. Observaron a los nuevos, que de pronto se habían puesto nerviosos, y entonces hicieron lo que habían estado esperando hacer desde su llegada a la Aguja.

—Todos ustedes —gritó Vik—, ¡SALGAN!

—¡Vamos, muévanse! ¡Rápido! —exclamó Tom, y se puso a arrear a los chicos agitando los brazos.

Estos se levantaron de un salto, salieron a toda prisa de su propia sala y se escabulleron hacia las puertas de sus respectivas divisiones.

Tom y Vik se dejaron caer, satisfechos, en los sillones ahora desocupados. Tom recordó con nostalgia las veces en que, siendo novato, había sido expulsado de ese mismo lugar por cadetes mayores. Le daba una increíble sensación de progreso saber que ya no estaba en la base de la cadena alimenticia de la Aguja.

—Entonces... —dijo Vik, y se frotó las manos con aire perverso.

—¿Entonces qué? —preguntó Tom con ansiedad, esperando que su amigo tuviera alguna idea fantástica de lo que podían hacer ahora que disponían de toda la sala para ellos.

Se quedaron allí sentados unos segundos.

—No se me ocurre nada —confesó Vik finalmente.

—Sí; lo único que había planeado era echar a los nuevos.

—Quiero llevar mi equipaje arriba. Los novatos van a regresar apenas nos vayamos. Tal vez podamos volver a echarlos más tarde, cuando se nos haya ocurrido algo mejor.

Recogieron sus bolsos, se dirigieron al piso de la Compañía Media y entraron por la puerta que tenía una espada y la leyenda: “División Alejandro”. Apenas habían empezado a andar por el pasillo, cuando sucedió algo increíble: recibieron la asignación a su nuevo cuarto. O, mejor dicho, *sus nuevos cuartos*.

Ambos se dieron cuenta al avanzar en direcciones opuestas. Tom se detuvo y dio media vuelta. Vik también se detuvo y lo miró con una ceja levantada.

Tenían habitaciones *diferentes*.

—Debe haber un error —dijo Tom.

—Suele suceder.

Tom se quedó allí, clavado al piso. Vikram había sido su compañero de cuarto desde su llegada a la Aguja Pentagonal. Era el primer cadete al que había conocido después de que le instalaran el neuroprocesador. Nunca se le había ocurrido que pudieran separarlos.

–Estamos en el mismo pasillo, Tom.

–Sí, lo sé –se aseguró de reír también–. No importa. Bueno, nos vemos.

Volvió a ponerse en marcha, pero el cambio lo había afectado mucho más de lo que quería dejar ver. No le gustaban los cambios.

Casi había llegado a su cuarto cuando en el pasillo resonó un grito estridente de Vik. Se alegró de tener una excusa para regresar corriendo:

–¿Vik? –llegó a su puerta justo cuando este retrocedía.

–Tom –murmuró–. Es repulsivo.

Confundido, Tom pasó a su lado y entró en la habitación. Entonces él también se sorprendió.

En lugar de una típica habitación de cadetes, con dos camas pequeñas que tenían cajones debajo y paredes totalmente vacías, el ambiente estaba cubierto de imágenes de Wyatt Enslow, su amiga en común. En toda la pared había carteles con el rostro oval y solemne de la chica. Con mirada severa, los ojos oscuros de ella parecían seguir de cerca los movimientos de Tom. También, había una gigantesca estatua de mármol de Vik, con expresión triste y una bota sobre la cabeza, sus dos manos –muy pequeñas– se unían en un gesto de súplica y los ojos miraban hacia arriba, hacia el verdugo imaginario, y un letrero en la base que decía: “*¿Por qué? ¿Por qué habré hecho enojar a Wyatt Enslow?*”.

Tom se echó a reír.

–No le hizo nada a la habitación –insistió Vik–. Tiene que haberles hecho algo a nuestros procesadores.

Eso era obvio. Si había algo que ella sabía hacer bien, era jugar con los neuroprocesadores; podía manipularlos para que les hicieran ver cualquier cosa. Aquello era una especie de ilusión óptica, y a Tom le pareció

tremendamente divertido. Se acercó a las paredes para admirar algunas de las fotos, imágenes congeladas de los momentos más embarazosos de Vik en la Aguja: aquella vez en que lo atacó un virus que lo convenció de que era una oveja y lo hizo caminar en cuatro patas y masticar plantas en el vivero. En otra, el chico miraba boquiabierto y consternado a Wyatt, que acababa de ganar los juegos de guerra.

—Mis manos no son así —protestó Vik, señalando las de la estatua, que eran de una pequeñez anormal.

Wyatt se había burlado implacablemente de él por tener manos pequeñas y delicadas desde que Tom le había informado que era la manera apropiada de contraatacarlo por el apodo que él le había puesto a ella: “Manos de hombre”. Últimamente Vik lo había cambiado por el de “Moza Perversa”, y Tom sospechaba que era en respuesta por la broma de las manos delicadas.

En ese momento entró en la habitación el nuevo compañero de Vik.

Era un chico alto y delgado, de cabello negro ensortijado y rostro puntiagudo. Tom ya lo había visto por ahí, y evocó su perfil de memoria:

Nombre: Giuseppe Nichols

Rango: USIF, Grado IV, División Alejandro

Origen: Ciudad de Nueva York, NY

Logros: Segundo premio en el Concurso Internacional de Piano Van Cliburn

IP: 2053:db7:lj71::291:ll3:6e8

Nivel de seguridad: Confidencial LANDLOCK-4

Aparentemente, Giuseppe también veía la decoración del cuarto, porque se detuvo, sorprendido, y se quedó mirando la estatua.

—¿De veras programaste una estatua gigante de ti mismo en la plantilla? Qué narcisista.

–Guau, ya te caló, amigo –comentó Tom, sofocando una carcajada. Y Vik le dirigió una mirada asesina, mientras se iba de la habitación.

Resultó que Tom no tenía asignado a ningún compañero de cuarto. Nunca había tenido una habitación para él solo. Se quedó unos veinte minutos allí sentado, tratando de pensar qué hacer con tanto espacio, preguntándose si Giuseppe ya lo habría reemplazado como el mejor amigo de Vik.

Incómodo consigo mismo, se dirigió abajo, a la Reunión de Recepción de la Compañía Media. Al ingresar en el Salón Lafayette metió la mano en el bolsillo en busca de su cable neural y su chip de actualización. Hilera tras hilera de bancas llenaban el salón de conferencias, y al frente había un enorme escenario con un atril, una bandera de Estados Unidos y una bandera con los logos de las Compañías de la Coalición alineadas con los intereses indoamericanos: Epicenter Manufacturing, Obsidian Corp., Wyndham Harks, Matchett-Reddy, Nobridis Inc., y la que menos le agradaba a Tom, Dominion Agra.

Se quedó mirando esa última con furia, mientras se acomodaba en la primera fila, donde ya estaba esperando Wyatt Enslow.

–Tom, hoy no te peinaste –lo saludó.

–Yo también me alegro de verte. ¿Qué tal las vacaciones?

–Si te ve el general Marsh, se va a disgustar. Puede que te grite –insistió ella, demasiado preocupada por su cabello despeinado como para responderle.

–Esperemos y veamos qué pasa.

–¡No, Tom! A Yuri no lo promovieron con nosotros, pero hoy se peinó. Lo vi.

–Tal vez por eso mismo no lo promovieron. Se peina demasiado.

Wyatt frunció el ceño, genuinamente perpleja. Ambos sabían que a Yuri no lo habían promovido porque sospechaban que era un espía ruso y por eso tenía un nivel de seguridad más bajo que todos los demás.

–Está bien. De acuerdo –se rindió Tom, y se pasó la mano por la cabeza–. ¿Contenta?

Pero era obvio que se había despeinado aún más, porque Wyatt se extendió para ayudarlo:

–No, tienes que alisar esto aquí...

–¡Ay! –exclamó, cuando ella tiró de su cabello–. ¡No me lo arranques!

–Enslow, deja de atacar a Tom –interrumpió Vik, mientras se acercaba y se ubicaba junto a ellos.

–No lo estoy haciendo –se defendió ella, con una sonrisa perversa–. Y hablando de ataques, ¿qué te pareció tu habitación?

–Glorioso –respondió Vik, con aire peligroso–. Voy a desquitarme, lo sabes. Al fin y al cabo, no soy Tom. No soy pésimo en programación.

–¡Oigan! –exclamó Tom, al darse cuenta de que estaban burlándose de él.

–Yo sí puedo escribir un programa de vez en cuando –prosiguió Vik–. Uno sin valores nulos ni bucles infinitos.

–Yo también sé escribir programas.

–Él se refiere a programas que funcionan –le dijo Wyatt, como para ayudarlo. No era un insulto intencional, sino más bien la clase de ofensa que ella solía hacer sin querer, y con bastante frecuencia.

Entonces el general de más edad, Terry Marsh, subió al escenario y se acercó al atril con rostro adusto. Sus ojos azules los observaron por encima de su nariz bulbosa, y todos los nuevos cadetes de nivel medio guardaron silencio.

–Cadetes, en primer lugar: felicitaciones por su promoción. Están un paso más cerca de la Compañía Camelot. Conecten sus chips neurales y prepárense para descargar sus actualizaciones.

Todos enchufaron los cables neurales entre los puertos de acceso a sus troncos encefálicos y los chips que habían recibido en la ceremonia de promoción. En el campo visual de Tom apareció un código, y un archivo

ejecutable se instaló en su neuroprocesador. También surgió una casilla para ingresar una contraseña.

Marsh sacó un papel del bolsillo y se puso unos anteojos sobre la nariz.

—Aquí dice que la clave para activar los programas es: “¡Veo todo doble! Once, veintidós, treinta y tres, cuarenta y cuatro, sesenta y seis”.

Tom lo pensó, el código pasó y se detuvo abruptamente. Luego se encendieron las palabras: “*Contenido descargado*”. Se preparó para la confusión mental que solía seguir a una descarga de demasiados datos sin suficiente tiempo para procesarlos, pero descubrió que su cabeza estaba completamente despejada.

Marsh asintió brevemente al ver que los cadetes habían terminado.

—Verán que no fue una actualización muy grande. Es por una sencilla razón: el teniente Blackburn se las instaló antes de que se fueran de vacaciones. Esta contraseña las desbloqueó. Ahora, tómense un momento para observar el mapa de la instalación, y dejen aquí esos chips para que se vuelvan a usar.

Con el pie acomodó una caja pequeña que estaba detrás del atril. Los nuevos cadetes medios arrojaron sus chips en ella. Ninguno erró el tiro.

Luego, Tom abrió un mapa de la Aguja Pentagonal en su neuroprocesador y pudo ver las instalaciones: quince pisos de cromo y acero que ascendían desde el centro del antiguo Pentágono, pero cuando acercó la imagen para visualizar el interior del edificio, sacudió la cabeza. Tenía que haber un error.

La Aguja había cambiado. La pista de Calistenia, que rodeaba el interior de los pisos segundo, tercero y cuarto, ahora correspondía a una habitación inmensa rotulada como “Armería”.

No era posible. Él había visto el piso superior de la pista decenas de veces. Allí no había ninguna armería. Estaba seguro.

Después examinó las otras secciones nuevas: alas enteras para los militares de planta destacados, un observatorio en el piso doce, secciones de

la pared que contenían interruptores controlados por circuitos eléctricos o componentes de procesadores, y debajo del subsuelo del edificio había todo un piso nuevo llamado “Entrepiso”.

Un momento. ¡Era imposible que en seis meses no hubiera visto *un piso entero!*

–Verán que en la Aguja hay áreas nuevas –señaló Marsh–. En realidad, no son nuevas; siempre estuvieron. Sus ojos las veían, sus oídos oían hablar de ellas, pero las bloqueamos de su cerebro consciente; hicimos que sus procesadores las recibieran en “modalidad oculta”. Los datos delicados de cierto personal también están bloqueados en sus procesadores. Cuando eran novatos no estaban autorizados a conocer estas áreas del edificio; pero ahora sí. Es una señal de la confianza que les tenemos.

Los ojos de Tom volvieron al entrepiso y vieron el pasaje que conducía al reactor de fisión/fusión. Conque allí estaba. Otro pasaje llevaba a una cosa llamada “Intersticio”.

–Es posible que no todos ustedes progresen –continuó el general–, y que no todos lleguen a ser combatientes, pero lograron pasar la etapa de novatos y conservaron sus neuroprocesadores, de modo que los felicito: ya están un paso más adelante. Se los promovió a la categoría intermedia porque demostraron ser aptos para la vida aquí. Serán ascendidos a la Compañía Superior solamente si consideramos que deben estar en ella.

Wyatt levantó la mano, pero volvió a bajarla rápidamente al recordar que no estaban en una clase. Marsh asintió, y ella preguntó:

–Señor, si hay áreas en el edificio que estaban bloqueadas en nuestros procesadores, ¿cómo sabemos que no hay otras cosas que no podemos ver?

Hubo risas burlonas en el otro lado del salón. El general Marsh sacudió la cabeza con seriedad y le respondió:

–Si las hay, señorita Enslow, se enterará a su debido tiempo, cuando decidamos que queremos que las vea.

Ella guardó silencio. Y el general Marsh prosiguió:

—Este viernes tendrán su primera gira para conocer a los ejecutivos de la Coalición. Incluso para aquellos que no vayan a ser combatientes, será una buena oportunidad de establecer contactos si juegan bien sus cartas.

Dominion Agra, recordó Tom. Él había inundado con aguas negras a toda la junta ejecutiva de esa compañía, de modo que ellos jamás lo patrocinarían. Podía aprovechar esta oportunidad para causar una mejor impresión en las otras compañías.

Apenas terminó la reunión, su mente volvió a la armería y su mirada se disparó hacia la de Vik. Vio en los ojos de su amigo la misma chispa de entusiasmo.

—¿Armas? —le preguntó Vik, obviamente ansioso por ir allí cuanto antes.

—Armas —concordó.

Solo al acercarse a la puerta se dieron cuenta de que su amiga no estaba con ellos.

—¿Y Wyatt? —preguntó Tom.

Vik dio media vuelta, miró hacia atrás y respondió la pregunta con un nombre.

—Blackburn.

Una sola palabra, pero bastó para que un estremecimiento desagradable recorriera el cuerpo de Tom como si le hubieran dado otra descarga eléctrica. Al girar divisó a Wyatt con el teniente James Blackburn. Su corazón empezó a acelerarse, lleno de adrenalina y hostilidad al ver al hombre corpulento, de rostro duro y cabello corto con una cicatriz en la mejilla, inclinado hacia ella, diciéndole algo. No estaba seguro de cuándo había entrado al Salón Lafayette, pero era obvio que había llamado a Wyatt para hablarle junto a la otra puerta.

El campo visual de Tom se concentró como un túnel en un solo punto.

Aquel era el hombre que había intentado destrozarle el cerebro. Su instinto de supervivencia empezó a encender alarmas. Wyatt y el teniente se habían distanciado cuando este creyó que ella había

hackeado su expediente personal y que le había contado cosas privadas a los demás cadetes.

Ahora volvían a hablar. La cabeza de Tom daba vueltas. ¿Cuándo había ocurrido eso? ¿Cómo se le había escapado? Blackburn tomó a Wyatt por el hombro con su enorme mano. A Tom no le gustó eso, en absoluto.

–Doctor, ¡armas! –le recordó Vik, dándole una leve palmada en la nuca.

–Cierto, doctor –le sonrió a su colega Doctor de la Muerte. No eran doctores de verdad, desde luego, pero desde los juegos de guerra se llamaban así entre ellos–. Armas.

Le costó trabajo caminar hacia la puerta cuando lo único que quería era correr y empujar a su peor enemigo para apartarlo de una de sus mejores amigas.